

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

AGOSTO. NÚM. 29. GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzgemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenezca.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

La destrucción de Sagunto, por F. Fernandez Brillabirre.—La pendiente del abismo por Enriqueta Lozano de Vilchez.—La mañana, poesía.—Isabel por M. C.—En la capilla de los Reyes Católicos, poesía, por Carlos Luis de Cuenca.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA DESTRUCCION DE SAGUNTO.

(Conclusion.)

Jamás tuvo Roma aliados mas constantes que los españoles, ni otros á quienes mejor debiera ceder parte de su gloria en la conquista del mundo; pero tampoco hubo otras gentes á cuyo auxilio mas tardasen las legiones romanas en venir en los momentos de peligro, como lo prueba el triste ejemplo de los saguntinos. Despues de repetidas quejas y reclamaciones de los valerosos sitiados, resolvió al fin el senado romano, no enviar con la premura que el caso exigia un ejército al socorro de los saguntinos, sino embajadores que en nombre del pueblo romano anun-

ciasen y Anibal que desistiese de su propósito, como si pláticas amistosas pudieran ya contener, en el estado en que se hallaban las cosas, los ímpetus belicosos de aquel afortunado general.

Anibal, ni aun se dignó escuchar á los legados; así que le noticiaron su desembarco, les envió á decir que no los consideraba seguros en medio de aquel campamento formado de tantas y tan diversas gentes, y que en cuanto á él, los muchos cuidados y negocios de la guerra no le dejaban un momento siquiera para entretenerse en escuchar sus palabras. Tan poco disimulado desaire indignó á los embajadores romanos, P. Valerio Flacco y Q. Bæbio Tamphilo, que se hicieron á la vela para Cartago, y presentándose en el senado, abogaron por la conservacion de los tratados, y aun llegaron á pedir la destitucion del osado general que se habia atrevido á infringirlos. Tenia el sagaz Anibal muy previsto este caso, y habia enviado con tiempo sus emisarios para que preparasen los ánimos é interesasen á los jefes en la parcialidad de los Barcas, de modo que no prevaleciese el dictamen del bando contrario, que acaso pudiera ser favorable á los romanos. Así salió vano y frustrado el intento de los embajadores, contra quienes habló Hannon, llevándose tras sí la atencion y los ánimos de los senadores cartagineses, que se declararon propicios á Anibal, dándose por lo tanto á los legados de Roma esta respuesta:

—Que de la guerra comenzada, á los saguntinos, y no á Anibal, debia culparse, y que el senado de Roma procedia con mucha injusticia al posponer á la alianza de los saguntinos, la que de muy antiguo tenia formada con el pueblo cartaginés.

Indignado Valerio, el principal de los embajadores, con aquella evasiva respuesta y conociendo que los cartagineses no deseaban otra cosa mas que ganar tiempo, avanzó colérico hasta en medio del senado y con enérgica demostracion, recogió su manto talar hácia su pecho, teniéndole con ambos brazos como si allí llevase algo escondido, y exclamando en alta voz:

—Paz y guerra traigo en el pecho: escoged decididamente lo que quisiéreis.

—¡Guerra! contestaron unánimes los cartagineses.

—¡Ahí os queda la guerra! exclamó Valerio, desprendiendo con aire su ropage, á cuya demostracion los cartagineses, poniendose en pie y esgrimiendo sus armas, contestaron exclamando:

—¡Guerra! ¡guerra!

IV.

Mal de su grado tuvo Anibal que dar algun respiro á los saguntinos, mientras se curaba de la herida y se hallaba en disposicion de volver á campaña; mas así que pudo acudir donde le llamaban sus deseos de venganza, los sitiados volvieron á verse en el mayor aprieto, pues el cartaginés deseaba aprovechar aquellos momentos en que los romanos, única esperanza de los saguntinos, se hallaban entretenidos en esteriles negociaciones. Hizo construir una alta torre de madera, que pudiera ser llevada de un lado á otro, y desde la que se pudiese ofender á los defensores de los muros, pues los saguntinos habian tenido buen cuidado de reparar las brechas que resultaron en los primeros ataques. Mientras que por la parte de arriba incomodaba de la dicha manera á los sitiados, enviaba quinientos africanos de los mas temerarios para que minasen el muro y destruyesen las rientes obras de los sitiados, trabadas con barro en vez de la acostumbrada argamasa de cal: pero los valientes saguntinos acudian con presteza á todas partes y, cuando no habia otro reparo, presentaban sus pechos para defensa de la ciudad. Hallábanse reducidos al último apuro, no solo por el hambre espantosa que ha pasado á proverbio, sino por que habiendo perdido todas las

obras exteriores, se hallaban como apiñados en la parte mas alta y defendible de la ciudad. Tres torres habia derribado Anibal; pero siempre que sus huestes subian al asalto eran rechazadas por los saguntinos, que entre otros arbitrios sugeridos por la desesperacion, habian ideado el envolver las faláricas en estopas untadas de pez, y prendiéndolas fuego al mismo tiempo de disparar, nada era comparable al horroroso efecto de estas armas arrojadas, cuando acertaban á clavarse en el cuerpo de los enemigos ó cruzaban por entre sus compactas filas; pero en vano son todos sus ardidés; Anibal, exasperado por la resistencia y deseando tomar ruidosa venganza, no repara en pérdidas, y cierta es ya la ruina de Sagunto. Alcon que pasa de la ciudad al campo cartaginés con alguna esperanza de concierto, queda aterrado á la vista de las duras condiciones que impone un enemigo seguro del triunfo, y temiendo por su vida, no se atreve a volver con tal respuesta á sus compatriotas. Entonces Alorco, que á pesar de hallarse alistado en el bando cartaginés, conserva antiguas relaciones con los saguntinos, entra en la ciudad para ver si puede reducirlos, haciéndolos saber lo que en aquel conflicto se digna conce derles quien puede privarlos de todo cuanto poseen.

V.

Recibido Alorco en medio de los saguntinos y creyendo que trabajaba á su favor, atendida la apurada situacion en que los veia, dijo en alta voz á cuantos le rodeaban:

—No he venido á proponeros la paz cuando teniais fuerzas para resistir, murallas que os amparase, y esperanzas del auxilio de los romanos. Ahora que nada de esto poseeis, la paz os es necesaria, y para obtenerla, forzoso tambien el sujetarse á las duras condiciones que mas que el vencedor os impone vuestra adversa fortuna.

—¡Aun no hemos sido vencidos! advirtió uno de los ancianos del pueblo... pero dé todos modos, sepamos las condiciones que el enemigo nos impone.

—Anibal os perdona las vidas: podeis salir libres con vuestras mujeres é hijos á ocupar el sitio que os designe, llevando tan solo las ropas indispensables para la decencia y abrigo: lo demás, todo ha de quedar en poder del vencedor; el oro, la plata, las armas, los bienes públicos y privados. ¡Sagunto en fin, ha de ser suya.

Ni los ancianos del pueblo querian dar respuesta, ni tampoco fuera posible en medio del

espantoso tumulto que estas palabras escitaron. Los habitantes corren desesperados por todas partes, amontonan sus riquezas en medio de la plaza, y las prenden fuego, haciéndolo también con sus casas, que es lo único que no pueden trasportar. Todas aquellas pirámides de fuego se reúnen poco á poco en una inmensa hoguera, cuyos torbellinos se elevan en los aires despidiendo un fúnebre y rojizo resplandor. Oyóse en aquel momento un estruendo de torres y edificios que se desploman, y todos creen que los enemigos entran en la plaza. Entonces Hermándico, el jefe de mas valor y prestigio que aun queda en Sagunto, se acerca, armado como se hallaba, á la hoguera, y exclama:

—¡Compañeros, ya no hay esperanza! el enemigo va á invadir nuestras murallas; pero esta triste suerte en nada empaña nuestra gloria. Aun nos queda el escoger entre una muerte gloriosa y una vida de esclavitud y menosprecio. Ved aquí las llamas y allí el enemigo!... Escoged!... En cuanto á mí, aun sé morir el primero para librarme del bárbaro y odioso vencedor.

Dijo, y se arrojó de improviso en medio de la hoguera; algunos le imitan en el acto, otros arrojan primero á los débiles, y atraviesan con sus espadas á los tímidos y aun á las mujeres y á los niños. Véanse allí amigos que se arrojan abrazados á las llamas, y escenas de horror y desesperacion de que los mismos feroces enemigos se hubieran aterrado, si hubiesen podido contemplarlas; mas cuando ellos penetraron en la desventurada ciudad, la hoguera como rápido y devorador torrente propagaba sus radios de fuego, que desde la plaza se prolongaban por las calles inmediatas, invadiendo los edificios cuyas techumbres crugian y se desplomaban, entre gritos lastimeros de los que el incendio devora y de víctimas que espiran por todas partes de un modo espantoso. Tal fué el ejemplo de heroica defensa que los saguntinos, despues de ocho meses de continuados combates, quisieron dejar á los venideros siglos.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

LA PENDIENTE DEL ABISMO

(CONTINUACION.)

—¡Oh! la esperanza no puede existir para quien lo ha perdido todo: ¡V. no sabe... no puede saber quiza cuantas lágrimas me reserva el porvenir!

—Las lágrimas son menos amargas cuando se tiene un corazon que las comprenda, cuando hay un alma, compañera de la nuestra, que las vierta á la par que nosotros, ó que las enjague cariñosa.

—Separada de mi madre, estoy tan sola en este mundo!

—¿No tiene V. un hermano?

—Sí señor, pero... ya lo vé V., huye de mi lado en la hora de la desgracia. El ¡ay! ni á recogido el último suspiro de mi padre, ni á velado junto á mí, ni viene á compartir mi duelo.

Enrique vaciló un instante; despues, y dominado por un sentimiento mas fuerte que su voluntad.

—Luisa, dijo; Dios la ofrece á V. hoy bajo nuestro techo un asilo, y un refugio en nuestro hogar; mi madre la prodiga el amor que consagraria á una hija querida...

—¿Es verdad?

—Pues bien, ¿quiere V. ser mi hermana? quiere V. concederme un poco de confianza, un poco de afecto, y me hará feliz?

—¡Oh! sí! exclamó la niña con expansion y gratitud, sí, hermano mio, yo haré todo eso, por que el corazon que siente ó que goza solo, es como una flor sin aroma, como un dia sin sol, como una pobre avecilla sujeta por ambas alas, sin tener espacio en que estender el vuelo.

El jóven fijó en Luisa una mirada tan llena de afecto, que la hizo bajar los ojos, y cortó en sus lábios la frase, dejándola pensativa y muda y estremecida á su pesar.

Pobre Luisa! ¿quién puede fijar el momento en que en el pecho de la niña dá su primer latido el corazon de la muger? quién ¡ay! quien adivina el rápido instante en que la crisálida se trueca en mariposa, en que el color que esmalta las mejillas, lleva el tinte suave y vago del primer virginal rubor?

Enrique vió que dos fugitivas rosas vinieron á embellecer el semblante de Luisa, y á su vez sintió que su corazon apresuraba el latido, y que algo nuevo y extraño en él paralizaba su lengua, y detenía la voz en su lábio.

Ni uno ni otro se dieron cuenta en aquel instante de sus sentimientos: ni uno ni otro se detuvieron á profundizar lo que pasaba en su interior; pero su vida desde aquella hora debia tener un nuevo objeto.

Marta entrando en aquel momento puso término á aquella peligrosa conversacion.

En otras circunstancias acaso hubiera notado la turbacion de los dos jóvenes, pero estaba ella misma tan preocupada que en nada reparó.

La idea de que Esteban habia llegado, absorbia todo su pensamiento y fijaba todo su cuidado.

—Y bien Enrique, dijo, es preciso que te prepares á recibir á tu padre: ya has oido que no tardará en llegar.

—Sí, ya lo sé, ¡querido padre mio! cuanto anhelo abrazarle! exclamó el joven con alegría.

—¡Oh! yo tambien le esperaba con... pero ¿qué es eso, Luisa? ¿te entristece acaso la venida de mi esposo? preguntó Marta, viendo la angustia y el sufrimiento reflejados en el semblante de la niña.

—Mal debe causarme pena, lo que alegre á mi bienhechora, murmuró ella dulcemente: pero ¿cómo verá el dueño de esta morada á la pobre huérfana acogida en ella? ¿qué pensará de mi estancia aquí? y, sobre todo verá en mí una víctima de la desgracia, ó la hija de una muger acusada de?... ¡Oh! es tan grande la infamia que esta palabra arroja en la frente!

—Calla, Luisa, calla, exclamó Marta aterrada. Calla, y tranquilízate, Esteban no sabrá nada, nada sospechará!

—Él, segun he oido decir en esta casa, es el tipo del honor, el emblema de la honradéz; ¿podrá ignorar que mi madre gime en una prision?

La voz de Luisa al pronunciar estas palabras era dolorosa y tímida al par.

¡Tambien sobre el alma de la pobre niña pesaba como un plomo la idea de la culpa que habian arrojado sobre la frente de su madre!

Sus frases aterraban á Marta, recordándole lo que podia temer.

—Él tiene un noble corazon, y unirá su afecto al afecto que te profesamos, exclamó al fin, procurando reanimar á la pobre enferma.

—Sin embargo, yo quisiera... valbuceó esta tímidamente.

—¿Dí?

—Que no sepa nunca... que ignore porque estoy aquí! ¡Oh! me moriria de vergüenza si llegara á comprender esa infamia que amenaza nuestro nombre.

Luisa se cubrió el rostro con las manos, y re-

pitó con amargura en medio de su dolor.

—¡Oh! mas me valiera haber muerto en la noche en que mi padre dejó de existir!

Marta iba á contestar, todo aquello, la oprimia el alma!

Pero su voz quedó cortada en la garganta por que en el corredor se oyeron unos pasos fuertes y marciales, y un acento varonil que preguntaba con impaciencia.

—Marta, hijó mio, ¿dónde estais.

Enrique se levantó y corrió á la puerta, arrojándose con afan en los brazos de su padre.

Marta atrajo á sus labios una sonrisa que se esforzó en hacer alegre, y se acercó tambien diciendo á su esposo:

—Aquí estamos los dos, anhelando abrazarte.

—Y entonces ¿por qué no salís á mi encuentro? por qué?...

Esteban se detuvo.

Acaba de divisar á Luisa.

A Luisa que acostada en su lecho, y blanca y trémula como una débil azucena combatida por el soplo del viento, le miraba humildemente como pidiéndole perdon por haber invadido aquel hogar que no era suyo.

—Esteban dominado por aquella dulce mirada, se descubrió respetuosamente, y adelantó algunos pasos en silencio.

La virtud y la desgracia tienen el poder de subyugar á las almas honradas.

Marta quiso hacer menos difícil aquella situacion, y dirigiéndose á su esposo, dijo señalándole á Luisa.

Esteban, esta niña era infortunada y yo la he protegido en tu nombre, su padre ha muerto hace pocos dias, su madre no podia correr á su lado, y la infeliz hubiera muerto en el lecho de un hospital sola y desamparada. Si tu hubieras estado conmigo, te habria dicho: Esteban ¿quieres que sea su madre en esta hora de infortunio? pero no estabas, y conociendo tu alma, la hé traído y te digo: Esteban te presento á nuestra nueva hija, por que estoy segura que tu querrás ser su padre.

El rudo militar era un débil niño cuando se le atacaba por el sentimiento y cuando se recurria á su corazon.

Se inclinó sobre el lecho, tendió su leal mano á la niña enferma, y dijo con emocion.

—Bienvenida seas, hija mia; Marta ha hecho bien en asegurarte que seré tu padre.

CONTINUARÁ.

Enriqueta Lozano de Vilches.

LA MAÑANA.

La aurora! ¡ya viene el día!
 Haye la noche espantada
 Al tornasolado brillo
 De los reflejos del alba.
 Sale el jilguerillo alegre
 De la plumífera cama,
 Y en no aprendidos cantares
 Al Dios Creador ensalza.
 Abren su cáliz las flores,
 Y con sin igual fragancia
 Su aroma doquiera esparcen
 Y los aires embalsaman.
 De la selva entre el follaje
 Juegan fugaces las auras,
 Vivificando su soplo
 Los árboles y las plantas.
 En tanto que el arroyuelo
 Con giros y vueltas varias,
 Por los prados murmurando
 Lleva sus hilos de plata.
 Bella es la luz! al brotar
 Del caos que la guardaba
 Por el misterioso *Fiat*
 De la boca soberana,
 Súbito ilumina el orbe,
 Los valles y montes baña,
 La alegría derramando
 Do la tristeza reinara.
 El sol, padre de la luz,
 Con sus rayos de oro y grana
 A la dormida natura
 Despierta, da vida y alma.
 La vida en su albor primero
 Se asemeja á la mañana,
 Pura, risueña, brillante,
 Matizada de esperanzas,
 Que pronto ¡ay! el desengaño
 Ha de tornar en amarga
 Decepcion, nube siniestra,

Que la luz vívida empaña.
 Pero del alma creyente
 Se eleva á Dios la plegaria,
 A Dios, que del hombre ciego
 Dotó la terrena estancia
 Con un divino destello
 De su luz pura, increada.
 Ojala que al ensalzar
 El don con que le regala,
 Sepa conservar el hombre
 Sin la mas mínima mancha
 La hermesura, la pureza,
 El fulgor de su mañana.

ISABEL.

(CONTINUACION.)

Se fortificaba su salud con los aires puros que respiraba, su cuerpo se desarrollaba por el ejercicio, y en su rostro, en el que reposaba la paz de la inocencia, se veia cada dia nacer un encanto mas. Así lejos del mundo y de los hombres, crecia en belleza esta jóven virgen, á la vista de sus padres, único encanto de su corazón, semejante á la flor del desierto, que abre su cáliz á los rayos del sol, y se adorna con sus mas vivos y brillantes colores, aunque no deba ser vista mas que por el astro á quien debe su lozanía y esveltez. No hay afecciones mas tiernas y profundas, que las que se concentran sobre pocos objetos: así Isabel que no conocia y amaba sino á sus padres, solo á ellos amó y los amó con pasion; constituian el todo para ella, los protectores de su debilidad, los compañeros de sus juegos y su única sociedad. Todo lo que sabia, lo habia aprendido de ellos; sus perfecciones, sus talentos y su instruccion todo se lo debia, y viendo que todo era por ellos y nada por sí, vivia gustosa bajo una dependencia que no la hacia experimentar mas que placeres y beneficios.

Sin embargo, cuando la edad de la juventud

sucedió á la de la infancia, y su razon empezó á desarrollarse, notó las lágrimas de su madre, y conoció que su padre era desgraciado. Escitóles muchas veces para que le manifestasen la causa, y no pudo obtener otra respuesta, sino que lloraban su pátria, pero no pudo saber ni el nombre de esta, ni el rango que en ella ocupaban. No quisieron confiarle este secreto, temiendo escitar en su alma dolorosos pesares, haciéndola saber la inmensa altura de que habian sido precipitados para ir al destierro. Pero desde el instante en que Isabel descubrió la tristeza de sus padres, sus pensamientos no fueron los mismos y cambió enteramente su vida.

Los placeres con que entretenia su inocencia perdieron su atractivo; olvidó sus flores, y cesó de querer á sus pájaros; cuando iba á las orillas del lago, no era para echar el anzuelo ó navegar en su barquilla; sino para entregarse á profundas meditaciones y reflexionar sobre un proyecto que habia llegado á ser la única ocupacion de su razon.

Sentada muchas veces en la punta de una roca, fijos los ojos en las aguas del lago, pensaba en las lágrimas que sus padres derramaban, y en los medios de enjugarlas; lloraban una pátria; Isabel no sabia cual era esta, pero puesto que eran desgraciados lejos de ella, lo que la importaban era conocerla para volvérsela. Levantaba los ojos al cielo para pedirle socorro, y quedaba sumida en un éxtasis tan profundo, que muchas veces cayendo la nieve á grandes copos y soplando el viento con violencia, nada sentia y permanecia fija en un punto. Llamábanla sus padres, y desde el momento en que oia su voz, descendia ligera de la cumbre de las rocas, é iba á recibir las lecciones de su padre y ayudar á su madre en las ocupaciones domésticas: pero tanto cerca de ellos como ausente, ya ocupándose de su lectura ó labores, durmiendo ó velando, un solo y único pensamiento le perseguia siempre; ocultábale religiosamente en el fondo de su corazon, decidida á no revelarle hasta que llegase el momento de partir. Sí, queria partir, separarse de los brazos de sus padres para ir sola á pié á San Petersburgo á pedir su perdon; tal era el atrevido designio que habia concebido, tal la temeraria empresa que no arredraba á una tímida jóven. En vano entreveia grandes obstáculos: su fuerza de voluntad, el valor de su corazon y la confianza en Dios la aseguraban y la respondian del triunfo. Sin embargo, cuando su proyecto tomó un carácter menos vago, y cesó de reflexionar para pensar en ejecutarle, la atemorizó un tanto su ignorancia: no solamente no sabia el camino de la aldea mas cercana, si no

que jamás habia salido del bosque: ¿como encontraria el camino hasta San Petersburgo? ¿Como se haria entender viajando entre tantos pueblos cuya lengua ignoraba? Necesitaba además pedir limosna para vivir; para resolverse á este sacrificio recordaba las lecciones de humildad que la daba la religion de su madre; pero tambien habia oido á su padre quejarse de la dureza de corazon de los hombres: así es que temia mucho la desgracia de tener que escitar su compasion. Conocia demasiado el cariño que sus padres la profesaban para creer que consintiesen en su partida: no podia de ningun modo dirigirse á ellos. ¿Pero á quién acudir en aquel desierto en el que vivia separada del resto del mundo? ¿Como esperar un protector, cuando estaba prohibido severamente entrar en su cabaña? A pesar de esto, no desesperó, pensó que encontraria uno, recordó una desgracia cuya víctima creyó era su padre, y este recuerdo le enseñó que no hay ningun sitio, por salvaje y árido que sea, en el que la providencia no escuche los ruegos de los desgraciados y les auxilie.

Hacia algunos años que en una caza de invierno habia corrido Spinger un gran peligro en la cumbre de las ásperas rocas que rodean el Tobol, del que le libró la intrepidez de un jóven. Este era el hijo de M. Smóloff, gobernador de Tobolsk, que iba todos los años á perseguir los ciervos y martas en las llanuras de Ischim, y á combatir los osos en los montes Ouralsks á las inmediaciones de Saimka. En esta última clase de caza, la mas peligrosa de todas, encontró á Spinger y le salvó la vida. Desde este momento el nombre de Smoloff se pronunciaba siempre con el mayor respeto y veneracion en la cabaña. Isabel y su madre sentian vivamente no conocerle, y no poder darle su bendicion; rogaban todos los dias al cielo por la conservacion de su vida; todos los años cuando oian decir que habian empezado las cazas de invierno se lisonjaban de que quizás iria algun dia á su cabaña, pero nunca iba: le estaba prohibida la entrada como á los demás, y no pensaba desobedecer esta orden tan rigurosa, por que no sabia lo que encerraba la cabaña.

Cuando Isabel conoció lo difícil que la era salir del desierto sin auxilio humano, fijó su pensamiento en el jóven Smoloff; semejante protector hubiera desvanecido sus temores, y superado todos los obstáculos. ¿Quien mejor que él hubiera podido enseñarla el camino de Saimka á San Petersburgo, é indicarla el medio mas seguro de dirigir una peticion al emperador? Si su huida irritaba al gobernador de Tobolsk, ¿quién mejor que su hijo podia desarmar su cólera, e

citar su piedad, ó impedir que castigase á sus padres, haciéndoles responsables de su falta? Así calculaba las ventajas que debía reportarle tal protector. Viendo que el invierno se aproximaba, resolvió no dejar pasar el tiempo de las cazas sin enterarse si el jóven Smoloff estaba en el canton, y sin buscar los medios de verle y hablarle. Mucho se habia Spinger enternecido cuando supo el terror que habia causado á su esposa e hija la narracion del peligro que habia corrido; desde esta época les prometió no volver mas á la caza de osos, y únicamente apartarse del bosque para perseguir la ardilla y el armiño. Á pesar de esta promesa, Fedora le veia separarse de su lado, siempre llena de espanto como si su partida hubiese presagiado una gran desgracia.

EN LA CAPILLA

DE LOS REYES CATÓLICOS.

Señor: un alma que á orar
á tu altar se dirigió,
se detuvo al encontrar
una tumba ante el altar,
y en la tumba se posó.

Rumores se despertaron
entre las ondas del viento
que de la tumba la hablaron,
y en ella la sujetaron
los lazos del sentimiento.

Halló el sentimiento aquel
en el alma un eco fiel,
y allí se sintió gozosa...
¡sobre la tumba gloriosa
de la primera Isabel!

No pensó que obrando así
á tí, Señor, te ofendiera,
porque meditaba allí
que junto á Isabel primera
se está muy cerca de tí.

Por tí consiguió reinar,
por tí victoriosa fué,
y en todo tiempo y lugar
siempre á tí supo llegar
por la senda de su fé

Siempre al bien encaminada
siguió la brillante luz
que destella tu mirada,
y logró llevar tu cruz
á las torres de Granada.

Era tal su corazon,
que en contra de la opinion
de los hombres del saber
tuvo fé... para creer
en los sueños de Colon.

Premio tuvo en este suelo
aquel anhelo fecundo;
pero á tan gigante anhelo
fuera poco premio un mundo
si no la esperara un cielo!

¡Sí! me dice la memoria
que por honrar nuestra historia
diste corona á sus sienes,
y el corazon, que hoy la tienes
para gala de tu gloria!

¡Bien haya el deseo aquel!
que al templo me trajo á orar!...
¡Bien haya! pues que por él
llegué la tumba á encontrar
de la primera Isabel!

Yo sé que no te ofendí
al obrar de tal manera,
porque he meditado aquí
que junto á Isabel primera
se está muy cerca de tí.

Cárls Luis de Cuenca.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(Continuacion.)

—Justamente, se apresuró á decir el ama de llaves muy contenta y creyendo en la conformidad de la Marquesa con sus ideas. Yo así lo comprendo, y si me lo preguntaran cien veces otras tantas diria lo mismo.

—Pues estamos conformes en este punto.

Ahora habiemos de otra cosa: habiemos de las compras y ventas mal hechas ¿juzgan Vs. que en eso no hay faltas tambien? ¡ay! amigos míos, que el afán de la riqueza, el interés, nos ciega en todo lo que á él atañe, tanto y de tal modo, que nos hace olvidarnos del alma, y de que los bienes de la tierra son bienes de un día, de los cuales nos desprende la mano de la muerte, por mas apego que le tengamos á la vida! ¡Oh! a no ser por el interés, móvil perenne de todas nuestras acciones, el mundo sería mucho mejor, y la mitad de las lágrimas, la mitad de los dolores que afligen á la humanidad, no existirían ó serían remediados por aquellos que hoy los miran con indiferencia ó con desden.

—Oh! si todas las personas se parecieran á V. E., dijo Rosa tímidamente.

—A mí, hija mía, me queda aun mucho que aprender, y mucho que ejecutar para cumplir mis deberes.

—Con que dice V. E. que en eso de las ventas y las compras hay tambien algo que saber? preguntó José dando vueltas entre sus manos al sombrero y con aire preocupado.

—Indudablemente, amigo mío.

—Ya se vé! como nunca habiemos pensado tan detenidamente en todo esto, como nadie nos lo habia explicado así,...

—Oh! pues crea V. que mis palabras encierran una verdad innegable.

—Así lo pienso, señora: y la prueba de ello es, que hasta ahora no me habia remordido la conciencia en algunas cosas por que no sabia que era mal hechas, pero hoy....

—Yo me doy el parabien de ello, y bendigo á Dios, si me permite sacar algun fruto de estas humildes conferencias.

—Pues sí: ello es que...

—Hable V.

—Elaño pasado compré á la viuda de Juan, el antiguo fiel de fechos del pueblo, algunas tierrecillas.... poca cosa.

—Pero en fin...

—Mire V. E., señora; Juan murió, y su pobre mujer tenia que irse de la aldea á vivir con su viejo padre, que están en un cortijo á mucha leguas de aquí. Habia puesto en venta una pequeña viña y un olivar que linda con ella, para pagar los gastos del viaje y para entrar con algun dinero en casa de su padre. Yo queria ambas co-

sas, pero como ella tenia precision de vender en un plazo dado, calculé que dejando el trato para última hora... y... y evitando el que otro la hiciera proposiciones, la compra podia ser mas ventajosa para mí.

—Ya entiendo, siga V.

—Pues... hice correr la voz de que la habia dado ya el dinero y de que el trato estaba cerrado; de modo que creyéndolo todos así, nadie se presentó á la viuda de Juan á hablar del olivar, tambien dejé decir que habia habido algunas dificultades, que las escrituras no estaban en regla; que no era muy seguro el derecho de Juan á la viña... en fin hice de modo que ni de valde hubiera querido ninguno adquirirlas. Así se pasó el tiempo, y á última hora... á última hora la pobre mujer tuvo que tomar por ello lo que quise darla, y la verdad es que resultó mucha ventaja en mi favor.

—Y muchos perjuicios para una pobre mujer viuda y desamparada! excusó con pena la Marquesa. Oh! amigo mío, ya ve V. como es verdad que el fan del dinero atrae mil desgracias, y la mayor, sobre todo, la perdicion de las almas! Por que á quella infeliz á quien usted robó... sí, no retiro la palabra, José: á quien V. robó una parte... quizá la mitad de su hacienda, puede por la bondad de Dios adquirirla de nuevo; pero V., pobre amigo mío, no podra alcanzar la rehabilitacion ni el perdón, mientras tenga en su poder una cosa tan mal adquirida.

—De veras, señora?

—Es tan cierto, como que la palabra de Dios no puede faltar ni enganarnos.

—Con que segun eso tendré que entregar á la viuda de Juan, toda la cantidad que le di de menos entonces.

—Si V. anhela salvarse, si V. prefiere á los bienes mundanos los bienes del cielo, ese es el camino que debe seguir, y además...

—Hay algo además? preguntó José titubeando.

—Si señor! respondió la Marquesa con energia; hay además todo el producto que ese dinero ha podido proporcionar á su legítima dueña, si en ese tiempo hubiera estado en su poder.

—Jesús! y eso quien puede calcularlo?

—V. mismo, yo lo creo muy facil.

—Oh! no tanto.

—Vea V., porque es casi imposible remediar esta clase de faltas, y por que debemos á toda costa evitarlas: esto es muy sencillo, pero luego se necesita mucha abnegacion y mucha fuerza de voluntad para cumplir con nuestro deber. Y ello es preciso! en el cielo no entra un alma manchada! La misericordia de Dios nos concede un absoluto perdón de nuestras culpas, pero tambien nos exige una absoluta conformidad con sus adorables preceptos y con sus justísimas leyes.

José, convencido con las palabras de aquella noble anciana, resolvió remediar el mal que habia hecho, y perder algo en su haber de la tierra, por aumentar algo su haber del cielo. Así se lo manifestó á la Marquesa, que bendijo á Dios por aquella mudanza.

(Continuará)

Enriqueta Lozano de Vilches.

Granada: Imprenta de La Madre de Familia.